

de selectos protagonistas de nuestra Ciudad Católica, con ocasión de los veinticinco años de la publicación de la revista Verbo, exhortó precisamente el Papa a los presentes a profundizar en el legado cultural de nuestro pueblo, con el dinamismo y la crítica propia de esta labor. De dinamismo supo el Rey Fernando que contribuyó tanto a formar ese legado patrio que tenemos. Y de dinamismo crítico, para elegir los auténticos valores descubiertos, según el consejo del Apóstol (I. Thes. V, 21): «*Probadlo todo, y quedaos con lo que es bueno; labor necesaria en todo tiempo, por ser sino del mundo en que vivimos la inevitable mezcla del verdadero trigo y la cizaña, con la cual es fuerza coexistir, y de la cual en todo momento debe quedar entresacada la verdad*». Ni la posteridad ha de alabar luego a San Fernando por haber hecho muchas cosas, cuanto por haberlas hecho bien.

Recojamos las palabras de aliento del Padre Santo en aquella memorable ocasión; y sin negar el sano pluralismo en ellas aludido, confirmémonos en nuestro principio de que aquí no reconocemos modo alguno de vencer distinto de convencer.

Tampoco busquemos la fuente de nuestro éxito por otro camino distinto de la unión con Dios, que es lo que hizo triunfar a Fernando. Por eso nos hemos reunido en una iglesia para buscar ese dinamismo en el imperecedero y universal tesoro que es la Misa, un día de este mayo más mariano que los otros años por haberlo querido así el Papa.

Bien entendía San Fernando esta manera de triunfar. Aquella imagen de la Virgen por algo iba siempre acompañándole colgada del arzón de su caballo; y a Ella brinda especialmente la entrada triunfal en Sevilla, que María conquista antes que nadie, cual después de siglos nos recuerda aún la Virgen de los Reyes entronizada en aquella catedral.

Y el Sacramento de los Altares que se pondrá dentro de unos momentos a nuestra disposición, nos recuerda también la última comunión del moribundo Fernando, perpetuada posteriormente por diversos autores de la pintura, y por quien en crónica inigualable contaba al mundo con augusta pluma esta suprema escena de su padre: salta del lecho ante la presencia de Cristo, se echa al cuello una soga, y recibe con toda fe al que dijo que quien comiera su pan viviría eternamente (Io. VI, 52).

El que vino a iluminar a los que yacían en las tinieblas y muerte del agnosticismo y la desorientación (Lc. I, 79), nos traiga esa Verdad que es El (Io. XIV, 6), único que puede dirigir eficazmente nuestras inteligencias por el camino de la paz.

DISCURSO DE MARIA DEL CARMEN DE LA CIGOÑA Y CANTERO

Queridos amigos de la Ciudad Católica:

Como todos los años nos hemos reunido hoy aquí para honrar a nuestro Patrón, San Fernando, y pedirle que siga inspirando nuestra acción. Echando una ojeada a las crónicas de los pasados años, y son ya 21, he comprobado que se ha enlazado a este rey santo desde todos los aspectos de su vida.

Y, sin embargo, en este momento yo quiero incidir sobre un punto que más bien tiene poco que ver con su faceta de gobernante sabio y justo. Consideremos a San Fernando en el entorno de su familia. Su madre, doña Berenguela de Castilla, una mujer excepcional, supo inculcarle desde pequeño una serie de valores a los que él sería fiel toda su vida. La fe, la justicia, la caridad, la valentía... Todas ellas virtudes que ejercitaría constantemente y desde muy joven, de manera muy destacada.

A los 18 años recibe la corona de Castilla de manos de su madre y desde ese momento va a procurar acrecentar el reino, pero no por buscar su propia gloria, sino la de su Dios. Por eso emprende la guerra contra el infiel, y pasa 30 años sumergido en campañas militares, y antes de cada batalla acudía a pedir auxilio y protección a la Santísima Virgen.

Pero al mismo tiempo sigue ocupándose de su familia y de su pueblo. Como padre, inculcó a sus hijos los mismos valores en los que doña Berenguela le había educado a él. Esos hijos, fruto de sus dos matrimonios con Beatriz de Suabia y Juana de Ponthier, siguieron el ejemplo que con su vida les había dado su padre.

Y, por supuesto, supo ganarse el amor de su pueblo, por su concepto de la justicia y su bondad. Todos sus actos reflejan la vida de un hombre extraordinario, que pone ante cualquier empeño o afán de gloria personal, el bien de su pueblo y la gloria de Jesucristo.

Pero adelantémosnos ahora siete siglos. Como es lógico, la sociedad que nos rodea ha cambiado mucho desde la conquista de Sevilla, lo que ya no es tan lógico es que también hayan cambiado, o se quiera cambiar los valores que movieron a San Fernando, a San Luis rey de Francia, a Santa Teresa, a San Ignacio, a tantos y tantos santos con los que cuenta la Iglesia.

Actualmente la familia, célula básica sobre la que se asienta toda la sociedad coherente con esos valores, está sufriendo unos ataques como nunca los ha sufrido. El divorcio, el aborto, la eutanasia, están a la orden del día. Y no nos engañemos pensando que son fenómenos independientes o que tienen menos fuerza de la que se les quiere dar. Responden a una idea muy bien trazada que poco a poco pretende desmembrar la familia, porque sin ésta, la sociedad se derrumbará al carecer de una base con la suficiente fuerza como para sostenerla. Debemos concienciarlos de esto. La familia sufre ataques por todas partes. Fijémonos, por ejemplo, en ese troento que es la «caja tonta». A cuántos niños se les está idiotizando, porque en lugar de agilizar su imaginación leyendo y jugando a ser... tantas cosas, se quedan atrofiados tragando, en muchos casos sin digerir bien, toda la basura que pueda caber en esa «pequeña pantalla».

Sigamos subiendo por orden cronológico y parémonos en la juventud. Esa juventud que, aunque bajo distintos aspectos, de forma más o menos extravagante, se dedica siempre a... perder el tiempo. Una juventud en la que, exceptuando una élite, y me da pena llamarla así, es muy difícil encontrar valores trascendentes. Me da pena llamarla élite no por su calidad, porque tiene más mérito permanecer fiel a esos valores ahora, que eso significa ir contra corriente y oír risitas cínicas o comentarios hipócritas cuando se es coherente con ellos, que en el siglo XIII, en el que los que iban contra corriente eran los otros. Me da pena por la cantidad, porque desgraciadamente es una élite muy pequeña.

Es verdad que puede parecer que la sociedad decae, que se está desmoronando poco a poco, pero no podemos culpar de esto a la juventud únicamente. No se puede acudir al tópico del salto generacional y quedarse tranquilo pensando que ante algúen que no quiere escuchar ni comprender no se puede hacer nada.

Porque, si puede que sea cierto que parte de la juventud carezca de valores, ¿no será porque tampoco se les ha sabido hacer amar esos valores? ¿No será que tampoco esa juventud ha visto la coherencia necesaria que le haga comprender que esos valores, con todo lo que pueden llevar consigo, valen la pena? ¿No será que también empiezan a faltar padres como San Fernando?

Nos hemos cansado de oír y de decir que como mejor se predica es con el ejemplo. San Fernando comprendió esto perfectamente, y con su ejemplo, con toda su vida, supo enseñar a los que le rodeaban que la mayor recompensa es el Reino de Dios, y que para alcanzarlo no se puede vivir desentendiéndose de todos los problemas que, aunque no nos afecten directamente, sí que nos rodean.

La sociedad de ahora está cansada de oír promesas y ver conductas contrarias. Está buscando coherencia y a nosotros se nos exige una respuesta. No podemos hacernos los sordos, o lo que es peor, mirar el pasado solo para lamentarnos. Si volvemos la vista atrás ha de ser para ver el ejemplo que nos han dejado nuestros mayores y procurar mejorarlo, pero nunca para sentir nostalgia de una sociedad católica y tradicional que ya no volverá.

En nuestras manos está el hacer que vuelva y, aún más, el perfeccionarla. Pero eso solo pasará si nos ponemos manos a la obra. Hay que transmitir los principios, los valores que sabemos que valen la pena a la sociedad. De nada sirve conocerlos si no los ponemos en práctica, si no hacemos que la nueva sociedad se base en ellos. Esa es nuestra tarea y tenemos el deber de cumplirla.

Sabemos que es un empeño duro y sacrificado. Que no vamos a obtener gloria ni beneficio personal, pero es que al igual que a San Fernando nos mueven ideales mucho más altos. Sabemos también que es muy posible que nosotros no veamos el fruto de nuestro trabajo, pero no por eso tenemos el derecho a no realizarlo. ¿Qué es Speiro sino sembrar? Sembrar la semilla, la doctrina, para que esta inspire la acción. Una acción que ahora más que nunca es necesaria para despertar a la sociedad del nihilismo y el abandono en que se está sumergiendo. Porque si ya sabemos que la acción por la acción no lleva a nada, también es verdad que los principios que no se ponen en práctica, la conducta que no refleja una coherencia, no atrae en absoluto. Al contrario, se podría calificar de hipócrita.

Por lo tanto manos a la obra. Entreguémonos a la labor de reconstruir la sociedad, pero no desde arriba, sino desde su base, porque no podemos cambiar aquélla si no empezamos por cambiarnos nosotros. Un cambio que se ha de reflejar en la familia en primer lugar. Llenemos España de familias católicas y España será católica. Destruyamos la familia y España dejará de ser España. Será un estado, un país que podrá tener más o menos crisis o períodos de auge, pero un país más, porque habrá renunciado a su esencia, a su historia, a la tradición.

Por eso hagamos resurgir la familia católica y tradicional, forja de hombres y mujeres que sabrán transmitir esa renovación a los distintos cuerpos intermedios de la sociedad.

Y, para terminar, tan solo me queda volver a la figura de San Fernando, para luchar como él por la soberanía social de Cristo y antes de emprender de nuevo esa batalla, siguiendo su ejemplo, y muy especialmente en este año mariano, quisiera pedir la protección de la Santísima Virgen, haciéndole al mismo tiempo una ofrenda con unos versos de alguien a quien le tengo muchísimo cariño:

¡Señora Inmaculada de la historia de España!
 Tu misma nos la hiciste y huele a santidad.
 Derrotas son honores, que las guerras de Cristo
 se ganan en los cielos y allí está la Verdad.
 ¡Señora Inmaculada! Somos aquellos mismos
 que siglos defendieron tu pura concepción.
 ¡Como ayer, como siempre, como cuando hizo falta,
 España, de rodillas, te ofrece el corazón.

Muchas gracias.

DISCURSO DE ALBERTO JORNET NAVARRO

Queridos amigos de la Ciudad Católica:

Nos encontramos de nuevo reunidos, un año más, tras haber participado en la renovación del Santo Sacrificio, celebrando la festividad de nuestro Santo Patrón, San Fernando.

Es esta ocasión para hacer balance de otro curso que concluye, de tomar conciencia de la fuerza y el progreso de nuestras células de formación, de desarrollar nuestras relaciones personales, tan valiosas para futuras actividades al servicio de la Verdad y de inyectarnos el entusiasmo necesario para el próximo curso.

Es también la agradable ocasión de felicitar al incansable animador de la Ciudad Católica, don Juan Vallet, por el galardón que le acaba de conceder la Academia Montesquieu, por la obra que ya conocéis: «Montesquieu, leyes, gobiernos y poderes».

En esta festividad invocamos la protección y ayuda de Fernando III el Santo, es decir, de un miembro de la Iglesia triunfante, que como tal es testigo y portador de la Tradición divina y que supone una apología perpetua y un motivo de credibilidad.

Sabemos que goza de la eterna felicidad pero no por ello olvida el Santo las almas de la Iglesia militante, la Iglesia que aún lucha contra el pecado y el error; ni a las almas del purgatorio. Por su amor a Dios, los santos aman las almas que Jesús ama y su amor no es pasivo. Si la oración de un hombre en la tierra puede mover a Dios, ¿qué poder no tendrá la de un amigo íntimo de Dios?

Nosotros debemos venerar y honrar a los santos, y no solo porque pueden y quieren interceder por nosotros, sino también porque así lo exige nuestro amor a Dios. ¿Acaso no es honrado el artista cuando se alaba su obra? Pues los santos son el fruto más perfecto de la Encarnación y la Redención, son las obras maestras de la gracia de Dios.

Así, con la certeza de su eficacia y la intención de honrar a su Redentor y Santificador, invocamos a San Fernando en este día pidiendo que interceda ante Jesucristo para que su «Reino venga así en la tierra como en el cielo, para que bendiga nuestros trabajos en